

descripción? Denunciábase perpetuamente una doble calamidad, la guerra y el despotismo. ¿Y en quién se encarnaban uno y otra sino en el hombre de la leyenda? De rechazo, los golpes iban á herir al que reinaba. Y lo herían con tanta mayor seguridad cuanto que no era posible prohibir lo que no era más que ficción?

El gobierno comprendió de tal modo el peligro, que concibió la idea de oponer el antídoto al veneno. Los *Papeles de las Tullerías* nos revelan que se preparó una gran novela militar bajo los auspicios del soberano con el objeto de neutralizar los folletines hostiles. La publicación había de tener efecto en el *Petit Journal*, á fin de que penetrase en las clases populares. La combinación era ingeniosa, pero el esfuerzo corría gran riesgo de resultar infructuoso. Un año más y los poderes oficiales celebrarían el centenario de Napoleón I. La proximidad de esta fecha, al llamar otra vez la atención sobre la vida y los actos del gran emperador, provocaba no una reproducción de homenajes, sino una explosión de críticas. Repetíase la frase de Pablo Luis Courier dirigida años atrás á los soldados rusos y prusianos: «¡Ah!, si nunca hubiésemos tenido grandes hombres á nuestra cabeza, no hubiéramos oído jamás el ruido de vuestros tambores.» La guerra, los gruesos batallones, las instituciones del año VIII, la presión administrativa, toda la herencia era repudiada en masa, y la juventud pisoteaba alegremente la tradición imperial como sus padres se habían exaltado leyendo las *Victorias y conquistas*.

Napoleón III era demasiado perspicaz para no comprender todo lo que iba desprendiéndose de él. Aquel año de 1868, aunque exento de todo acontecimiento trágico, iba á dejar un recuerdo lleno de decepciones. En la primavera, los primeros ensayos de organización de la guardia móvil habían suscitado algunos trastornos en el Sudoeste, en Burdeos, en Tolosa, en Montalbán (1). Aquella impopularidad era síntoma bastante grave, pues la institución, bien ó mal establecida, podía ser causa de salud ó de perdición.

Poco tiempo después, el éxito de *La Linterna* había sorprendido, inquietado casi al soberano: «Señor, repetían los cortesanos para calmarle, los que leen el libelo lo desprecian.—Ya lo sé, replicaba el emperador; pero hay mujeres á quienes uno desprecia sin desdenarse de hacerles la corte (2).»

En esto, una elección parcial verificada en el Jura trajo al Cuerpo legislativo al Sr. Grevy con la enorme mayoría de 111.000 votos. La derrota del gobierno era debida á causas puramente locales, pues el sufragio universal, al revés de las clases ilustradas, se mantenía en la antigua obediencia. Sin embargo, el nombre del elegido, el número de votos hostiles, la alegría de los periódicos democráticos, las torpes lamentaciones de la prensa oficiosa, todo contribuyó á dar importancia al suceso.

Por aquel entonces sobrevino un incidente de muy poca importancia, pero que una malevolencia poco generosa procuró abultar. A principios de agosto, hallándose la corte en Fontainebleau, el príncipe imperial fué

(1) Véase informe de M. Pinard al emperador (*Monitor*, 12 de abril de 1868).

(2) Madama Octavio Feuillet, *Quelques années de ma vie*, tomo I, pág. 324.

á presidir en París la distribución de premios del concurso general. Uno de los premiados era el hijo del general Cavaignac. Como tenía que recibir la recompensa de manos del príncipe, negóse á moverse de su sitio y ninguna instancia lo decidió á subir al estrado. Algunos murmullos de aprobación, procedentes de los bancos en que estaban sentados los alumnos del liceo Bonaparte, acentuaron, según se dijo, la pequeña manifestación. Con una premura llena de confusión, el ministro, Sr. Duruy, manifestó su sentimiento. El liceo Bonaparte era un nido de jóvenes orleanistas y de republicanos; Julio Simón tenía allí á su hijo; el castigo no se haría esperar, y no se concedería aquel año ninguna condecoración á los funcionarios ó profesores de una casa tan sospechosa (3). En Fontainebleau, el consuelo pareció mediocre y sintióse la ofensa tanto más cuanto que la víctima era un niño. Al regresar el joven príncipe, la emperatriz, según dijeron, rompió á llorar, repitiendo varias veces entre sollozos: «¡Pobre hijo mío!» y añadió con despechado abatimiento: «Ya nada nos toleran.»

Los que empiezan á doblegarse bajo el peso de la fortuna incierta, imputan sus desdichas á las torpezas de sus servidores. Hasta entonces, los prefectos del imperio habían recorrido una carrera triunfal, seguros de su propia fuerza y de la fuerza del soberano y manipulando el sufragio universal con toda la maestría de una larga experiencia y con todo el aplomo de un largo éxito. Por aquella época, del ministerio del Interior ó del gabinete del monarca les fueron dirigidas algunas observaciones malhumoradas. Si la institución de la guardia móvil encontraba obstáculos, se acusaba á los prefectos de no haber sabido evitar las resistencias. Si una elección no marchaba á pedir de boca, se atribuía á la tibieza ó á las intemperancias de celo prefectorales la mediocridad del éxito. ¡Que los partidos de derecha ó izquierda tendían á hacer coalición!; la culpa la tenían los prefectos, pues hubieran podido retener con más destreza á los legitimistas en la inacción, á los orleanistas en el aislamiento y á los republicanos en la desconfianza. En varios puntos los periódicos democráticos hacían importantes progresos: tales eran, en Grenoble, *L'Impartial Dauphinois* y, en Burdeos, *La Gironde*, que amenazaban transformar la mayoría electoral. De aquí nuevos cargos y nuevos llamamientos á la vigilancia. Del fondo de su palacio, el emperador no desdeñaba redactar minutas de notas y hacer borradores de artículos para uso de sus funcionarios; sentía que éstos no fuesen más laboriosos y más sencillos, y que comprometiesen su influencia «queriendo hacer de *pachás*.»

Esas reprimendas no iban á ser seguidas de ninguna destitución; en cambio, una caída en desgracia de mucha resonancia iba á alcanzar al ministro del Interior en persona. El Sr. de Pinard, que desempeñaba desde el mes de noviembre de 1867 tan importante cartera, la había obtenido después de una brillantísima é irreprochable carrera judicial y después de una corta pasantía en el Consejo de Estado. Su elevación había suscitado muchas esperanzas; se habían hecho grandes elogios de su integridad, de su elocuencia y de su alteza

(3) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 123.

de miras. Algunos, no contentos con ese homenaje muy justificado, se habían complacido en insinuar que había surgido un nuevo hombre de Estado que eclipsaría á todos los demás servidores del imperio. Ese elogio era inspirado por la amistad. Pero ningún enemigo hubiera ideado nada mejor, pues semejante lenguaje aguzaba de antemano la envidia y colocaba al nuevo ministro á tal altura que necesariamente había de caer. En vez de crecer en el poder, Pinard decayó. Sus discursos más bien dejaron la impresión de una grave reprimenda que de una discusión política. Hasta en la gestión de su ministerio tuvo grandes dificultades. Encontró allí un director general, el Sr. de Saint-Paul, el cual, precioso desde luego para la inexperiencia del jefe, fué pronto más bien un revisor que un auxiliar. Como despertase la antigua rivalidad entre la administración y la magistratura, ciertos prefectos se mostraron poco dispuestos á acoger por jefe á un antiguo procurador general. Aquellas insubordinaciones fueron estimuladas por el mismo Rouher? El ministro de Estado repudió con mucha vehemencia toda intención semejante; pero nadie quiere en demasía á los presuntos herederos, y, á los ojos de muchos, Pinard era uno. El heredero desapareció antes de que se abriese la sucesión, y quedó la duda de que hubiese sido apto para cargar con ella. Como la cuestión Baudin sólo había traído complicaciones, el ministro del Interior fué objeto de generales censuras por no haber sabido evitar aquel disgusto al gobierno. En 3 de diciembre de 1868, los amigos de Baudin organizaron para el aniversario de la muerte del representante una peregrinación al cementerio de Montmartre. La afluencia fué mediocre y el desorden insignificante; sin embargo, Pinard mostró en tal circunstancia carecer de sangre fría. Por la noche envió un despacho á los prefectos, anunciando que la manifestación había abortado y que los cabecillas habían sido presos. El telegrama terminaba con esta frase: «Reina la tranquilidad más perfecta en toda la capital.» ¿Hubiera hablado de otro modo después de un motín? ¿Podíase alarmar al público más de lo que se hacía tranquilizándolo de este modo? Así pensaron los amigos de Rouher, afanosos de acentuar la torpeza. El ministro sucumbió, y un decreto le dió por sucesor á Forcade la Roquette. El suceso fué acompañado de un incidente que merece ser referido. Hasta entonces todos los consejeros que el emperador despedía iban á parar al Senado. Pinard desdeñó la ociosidad bien retribuida de la alta Asamblea, y con altiva modestia se hizo inscribir en el colegio de abogados de París. Sus amigos anunciaron su intención de presentarse candidato en las próximas elecciones. ¿Era desinteresado? ¿No era también cálculo? Como todo había cambiado, la verdadera habilidad no consistía ya en arriarse al soberano, sino en remontarse al sufragio popular como á la verdadera fuente de las dignidades. ¡Cosa curiosa! El ejemplo era dado, no por un liberal, sino por un personaje muy afecto al principio de autoridad, y esto solo indicaba bien la evolución á la cual nadie escaparía.

En tal estado de incertidumbre, hasta en la magistratura se observaron algunas señales de fluctuación; hasta entonces había ofrecido el espectáculo de una fidelidad invariable; no era en ella servilismo, sino que,

animada del espíritu represivo que inspiraba al mismo imperio, hacía su corte afirmando sus propias convicciones. La desdichada cuestión Baudin provocó las primeras desviaciones. Hubo tres tribunales que no quisieron ver en la suscripción el delito de *manejos en el interior*. De todos estos tribunales, el más emancipado fué el de Clermont-Ferrand. No satisfecho con un primer acto de indocilidad, mostróse relapso absolviendo al periódico *L'Auvergne*, inculpado de excitación al odio y al desprecio del gobierno. El motivo, poco á propósito para agrandar en altas esferas, era que el periódico *L'Auvergne* había obrado en legítima defensa contestando al periódico *Le Pays*. Afortunadamente existía el tribunal de apelación, y los jueces de Riom condenaron lo que sus vecinos de Clermont encontraran inocente. El síntoma de evolución sería más grave si la duda reinase en el ministerio fiscal. A principios de 1869, el procurador imperial de Tolosa, Sr. Séguier, quejose de que sus requerimientos no eran libres y de que el ministro de la Justicia le hacía vigilar en la audiencia. Séguier no tardó en dimitir su cargo. La categoría de este magistrado que dirigía uno de los tribunales más importantes de provincia, su nombre que recordaba los más gloriosos días de los antiguos parlamentos, su bella hoja de servicios, su rápida carrera, todo contribuyó á dar resonancia á su resolución. Su carta de dimisión fué publicada por la prensa, lo cual, en aquella época de subordinación jerárquica, pareció el colmo de la indisciplina. El Cuerpo legislativo se ocupó del incidente. Contestando á las explicaciones de Baroche, Talhouët se constituyó en defensor del magistrado que se separaba. Ofrecióse para las próximas elecciones una candidatura á Séguier, que la rehusó, no queriendo que su acto de independencia pareciese cálculo ó ambición.

Las dificultades aumentaban á causa de una especie de vilipendio general, reacción contra las docilidades pasadas. La oposición tuvo entonces ciertas acusaciones favoritas que, á fuerza de repetirse, dejarían sus huellas hasta en los espíritus menos hostiles. No se podía ya decir que la prensa estuviese esclavizada; en cuanto á la libertad de reunión, no hubiera sido fácil elogiarla, ¡tan mal uso se hacía de ella! En tales circunstancias, el principal esfuerzo tendió á persuadir al país de que la libertad individual dependía de la discreción del poder. Justamente, en el último simulacro de escaramuza, en diciembre de 1868, la policía había operado algunos arrestos sin gran discernimiento. El pretexto pareció oportuno para buscar por todas partes los abusos de autoridad. Cuando hubieron descubierto algunos, no dejaron de hacer observar que los excesos comprobados no eran nada en comparación con otros excesos mucho mayores que escapaban á toda prueba y á toda investigación.

Otro motivo de quejas bastante nuevo nació de *la ley de 1838 sobre los dementes*. Esta ley permitía á la autoridad administrativa el pronunciar la reclusión mediante simples certificaciones médicas y sin decisión judicial. Las garantías eran insuficientes, y una revisión no hubiera sido inoportuna. Todo el arte consistió en dar el aspecto de lago á lo que no era más que una laguna. Apoyándose en un par de hechos lamentables, edificaron toda clase de hipótesis: decían que la ley era

en manos del gobierno un arma para encerrar, so pretexto de locura, á todos los reveladores molestos, á todos los pretendientes importunos, á todos los testigos de abusos comprometedores. La afirmación hizo mella en el cerebro de muchos burgueses crédulos, y éstos acabaron por persuadirse de que no había manicomio que no tuviese su *Máscara de hierro*.

Otro texto de ley proporcionó también abundante materia á la oposición. No podía exigirse responsabilidad á ningún funcionario sin autorización del Consejo de Estado. Así lo prescribía el artículo 75 de la Constitución del año VIII. Resultaba, pues, que los agentes del poder permanecían inviolables hasta que el poder mismo hubiese consentido en entregarlos. Esa omnipotencia fué en todas partes y á todas horas denunciada con toda clase de exageraciones: de ahí un gran movimiento de reprobación de parte de gentes que hasta entonces habían ignorado que hubiese una Constitución del año VIII y, sobre todo, que esta Constitución tuviese un artículo 75.

El gran peligro estaba, no en los cargos, sino en un enervamiento bastante general de los que hasta entonces habían sostenido al poder. Sólo protestaban con palabras débiles que ya no persuadían. No se asociaban á las críticas, pero las toleraban en su presencia y se divertían con ellas si eran más bien satíricas que acerbas. El gobierno se defendía como podía. Echando mano de un arma vieja muy empleada años atrás, enviaba con frecuencia á los periódicos largos comunicados que procuraban disipar las exageraciones y apelar al buen sentido público. Pero ¡cuán lejos se estaba de los antiguos temores! «El comunicado, decía irónicamente el *Diario de los Debates*, no sólo es rectificativo, sino que también es deliberativo; no es una corrección, sino una colaboración (1).» Así es que á la impertinencia de los ataques se añadía la impertinencia con que eran recibidas las rectificaciones.

La obra de disgregación continuaba de mil maneras. Mientras radicales y socialistas de todos matices atacaban furiosamente el edificio imperial, las clases ilustradas lo minaban á pequeños golpes sabiamente calculados y dados con mano elegante. Al lado de las tumultuosas reuniones públicas se celebraban otras reuniones comedidas y tranquilas. En estas últimas, nada de discusiones contradictorias, sino conferencias en que los hablistas más distinguidos desplegaban las formas más refinadas del lenguaje académico. Durante aquel invierno de 1868 á 1869 hablaron sucesivamente, ya en el salón de la Redoute, ya en el teatro del Príncipe Imperial, Julio Favre, Julio Simón, Federico Passy, Pelletán, Laboulaye, León Say, Saint-Marc Girardin, el príncipe Alberto de Broglie... Una cuota de entrada, ora á beneficio de Polonia, ora á beneficio de obras de enseñanza, evitaba una invasión excesiva del elemento popular. Así es que el orden material era irreprochable. A no juzgar sino por los anuncios de los periódicos, los asuntos eran muy variados: *El Progreso*, *El Deber*, *El Público*, *La Familia*, *El Amor á la profesión*... A decir verdad, el único asunto era la crítica del gobierno. Adivinábase un esfuerzo perenne, no para circunscribirse al tema anunciado, sino para salirse de él. El

(1) *Journal des Débats*, 21 de enero de 1869.

ataque no era directo; consistía en un perpetuo é irritante elogio de todo lo que el imperio no practicaba. Esta pequeña guerra se operaba sin escrúpulos. En el exterior, la profusión de agentes de orden público, lo vasto de los cuarteles, todo indicaba la fuerza. ¿Quién hubiera creído que aquel gran cuerpo de apariencias pletóricas pudiese jamás padecer debilidad ó anemia y que fuese peligroso practicar en él algunas sangrías? La gente se iba repitiendo que el imperio tendría siempre bastante fuerza, bastantes atribuciones y bastantes soldados, que lo único que había que proteger era esa planta joven y endeble que se llamaba la libertad. Napoleón soportaba impaciente aquella coalición. Sin embargo, le quedaba el consuelo de pensar que se acercaban las elecciones, que aquellos letrados, tan dispuestos á atacarle, no dejarían de presentarse candidatos, y que todas sus refinadas censuras é ingeniosos argumentos no producirían efecto alguno en las masas rurales. No se equivocaba en esto el monarca, porque el sufragio universal había de serle fiel durante mucho tiempo, aun después que le hubiese abandonado la opinión pública.

Para mayor tristeza, continuaron las bajas en el personal imperial, ya muy mermado.

El primero que sucumbió fué Walewski. De regreso de un viaje á Alemania, murió en Estrasburgo de un ataque de apoplejía fulminante. Su nombre recordaba la época más gloriosa del reinado, pues él había presidido el Congreso de París. En vano se hubiera buscado en Walewski las cualidades eminentes propias del verdadero hombre de Estado. Pero poseía un espíritu recto y un alma leal. Educado en las sanas tradiciones diplomáticas, había consagrado todos sus afanes á mantenerlas y se había prestado de mala gana á las primeras desviaciones. A medida que se destruía el antiguo derecho público, sus protestas se habían acentuado, llegando á ser tan vivas que Napoleón tuvo que separarse de él. En los últimos años del reinado, estimando que la dinastía no podía afirmarse sino transformándose, se había hecho uno de los apóstoles del imperio liberal. Desde fines de 1859 no tomaba parte activa en la política exterior, pero seguía con creciente ansiedad el desarrollo de las ambiciones que hubiese querido contener. En tales circunstancias acababa de morir, dejando un recuerdo digno de respetuoso sentimiento.

Aún se hablaba de Walewski, cuando uno de sus sucesores en el muelle de Orsay, el marqués de Moustier, abandonó, casi moribundo, el ministerio de Negocios extranjeros. Dos meses después expiró. No pertenecía á la tradición imperial, y todas sus alianzas lo hubieran inclinado más bien hacia los partidos monárquicos. Era un diplomático cuya brillante carrera lo había conducido al Consejo de ministros. Su nombre iría unido á un solo recuerdo, pero muy notable, el del conflicto luxemburgués apaciguado y de la guerra conjurada. Mientras se celebraban sus exequias no faltó quien hiciese observar la suerte singular que, desde principios del reinado, pesaba sobre los que habían regentado el ministerio de Negocios extranjeros. Napoleón había tenido cuatro ministros de ese ramo, Drouyn de Lhuys, Thouvenel, Walewski y Moustier. Exceptuando al primero, todos habían sucumbido en plena madurez. Hubiérase dicho que habían agotado sus fuerzas en la in-

grata tarea de hacerse cargo de las vagas concepciones del príncipe, de contenerlo aparentando seguirle, de mantener su acción en medio de las influencias secretas, de salvar algo de lo que perecía. La docilidad de Thouvenel, que fingía siempre obediencia hasta el punto de parecer que compartía los errores, y la firmeza más ruda de Walewski, que resistía sin rodeos, se gastaron de igual modo en tan ingrata labor. Esto se murmuraba en voz baja, pero en previsiones muy incompletas y con comentarios que hoy parecerían muy pálidos. ¿Quién hubiera vislumbrado lo que el porvenir ocultaba?

A esa pérdida siguió de cerca otra. El 2 de marzo de 1869 se supo que Troplong acababa de morir. De los funcionarios del imperio era el que había acumulado más dignidades. Era presidente del Senado, primer presidente del Tribunal de Casación, individuo del Consejo privado, miembro del Instituto... Sus funerales correspondieron á sus honores. El 6 de marzo, desde las primeras horas de la mañana, las calles de Vaugirard, de Tournón y de San Sulpicio se llenaron de tropas. Llegó luego una multitud de funcionarios, en número infinito. A las doce salió del Luxemburgo el féretro, rodeado de los personajes más ilustres del Estado. El cortejo se dirigió lentamente hacia San Sulpicio, al son de marchas fúnebres y al ruido lejano del cañón de los Inválidos. Terminada la ceremonia religiosa, el cortejo se encaminó hacia el cementerio del Padre Lachaise, donde el cadáver recibió la sepultura interina, hasta la inhumación definitiva en el país natal. En el trayecto se escalonaban los curiosos, unánimes en juzgar que, desde el duque de Morny, no se había presenciado un entierro más grandioso. ¡Lástima, decían, que el sol no contribuyese á dar esplendor al espectáculo! El cielo era gris y la temperatura desapacible. Los senadores, los miembros del Tribunal de Casación y los Consejeros de Estado iban abrigados en sus coches, vagamente aburridos del largo ceremonial, molestos en sus togas ó uniformes. En el cementerio se pronunciaron tres discursos que no despertaron gran curiosidad, pues todo el mundo adivinaba lo que contendrían. Por la noche, la única conversación consistió en el reparto de las dignidades que dejaba vacantes el difunto. Con Troplong desaparecía algo de la edad precedente. En medio de los hombres de acción que fundaron el imperio, él apareció como el hombre de pluma que cubriría con un aspecto de legalidad la obra de la fuerza, escudriñaría el pasado en busca de ejemplos y persuadiría al poder triunfante de que no sólo encarnaba en sí el éxito, sino que también encarnaba la verdadera legitimidad. Su espíritu estaba á la altura de su misión, ni más ni menos. Era un personaje grave que, con una integridad perfecta, se había pasado la vida haciendo justicia, y nadie se hubiera atrevido á creer que una apología firmada por él fuese obra de debilidad ó de adulación. Sus amigos ponderaban sus conocimientos jurídicos, y efectivamente, Troplong había escrito sobre el Código muchos tratados de fácil lectura, precedidos de sabios prólogos y redactados en un estilo ameno que no se suele encontrar en esta clase de obras. Poseía la solemnidad que impone, y sus vastas fórmulas, que abarcaban muchas tesis sin encerrar ninguna, adquirirían aspectos de generalización profunda. Para el imperio en

busca de un jurista, semejante concurso había sido precioso. La Constitución de 1852, que hubiera cuadrado mal con una precisión excesiva, necesitaba un comentario suelto y fluctuante en que se perdiesen las contradicciones y los sofismas: Troplong era maestro en ese arte vago que se limita á extender por las superficies un reluciente barniz. Era preciso que el comentario fuese elocuente: Troplong no carecía de elocuencia ni de brillo. Era necesario que la pompa supliese á la claridad: precisamente Troplong era el hombre de las obscuridades pomposas y cultivaba con naturalidad lo que iban á pedirle que practicase artificiosamente. Convenía buscar comparaciones históricas y argumentos jurídicos, pero sin descender á profundidades comprometedoras: para colmo de ventura, Troplong era historiador, jurisconsulto y filósofo, en la justa medida que requería su empleo, y su ciencia no pasaba del punto preciso en que el imperio estaba interesado en que tuviese un término. A decir verdad, la suerte era igual para el emperador que había encontrado un intérprete á su medida, y para el intérprete que, para servir bien, no tenía más que seguir siendo como era. En el círculo de los altos dignatarios, el presidente del Senado había desempeñado un papel aparte y no sin originalidad, empleando como medio de agradar el derecho romano y el derecho consuetudinario, y ocultando bajo esta superabundancia de derechos antiguos la fragilidad del derecho nuevo. Con esa oportuna habilidad habían sido redactados los informes sobre la Constitución y sobre los senadoconsultos que siguieron. Era la glosa que formaba cuerpo con el texto, pareciendo tan estrechamente unida á él que no podía pensarse en el uno sin referirse á la otra. Muerto Troplong, pareció que la Constitución no podía subsistir; y en efecto, no estaba lejos el día en que seguiría en la tumba al que quizá fué el único que la comprendió del todo y el único quizá que creyó completamente en ella.

VIII

Esta debilitación progresiva del imperio no había escapado á la atención del soberano ni á la perspicacia de sus principales servidores. Si consultamos las memorias ó las correspondencias de la época, parece que la renovación del personal oficial fué su cuidado dominante. «No hay hombres de relevo,» decía el príncipe Napoleón. «No hay hombres, añadía Merimée; no hay más que oradores.» Casi de la misma manera hablaban Persigny, Magne, Parieu, Maupás y otros. Una nota hallada en los *Papeles de las Tullerías* y atribuida al jefe del gabinete del emperador, Sr. Conti, repetía, bajo una forma más insistente, las mismas quejas. Según el autor de la nota, el «mapa intelectual del país era deplorable,» la «materia ministerial y administrativa era cada vez más rara,» la diplomacia y el Consejo de Estado eran invadidos por el *dandyismo*: urgía hacer «*injertos políticos*.»

¿Dónde encontrar esos injertos? ¿Dónde encontrar, sobre todo, un terreno favorable para que pudiesen prosperar? Sobre esto los consejos variaban hasta el infinito. Algunos que habían vivido en Inglaterra ó profundizado la historia echaban de menos las fuertes tradiciones de las aristocracias: dominados por estas impre-